

no es creíble, vuelvo á decir, en un marino que en otras partes de su libro demuestra con buena dialéctica y prueba con oportunas citas las ventajas de los matriculados y los graves males de la gente allegadiza (1).

Si el oficio del soldado y del marinero no fuesen más que un *trabajo* que puede remunerarse con dinero, ¿qué dificultad habría en ir á buscarlos fuera de España, á donde quiera que hubiese brazos robustos y baratos? Y sin embargo, no habrá oficial de nuestro Ejército ni de nuestra Armada, celoso de su deber y del decoro de su profesion, que asintiera á que se convirtiesen nuestros ejércitos de mar y tierra, en cuyas manos se pone la bandera nacional, fiando á la lealtad de sus corazones y á la fuerza de sus brazos la defensa de la Patria, en legiones de alquiladizos extranjeros.

No, no pueden incurrir á sabiendas en tal impropiedad hombres que ostenten con lucimiento y con legítimo orgullo el distintivo de militares españoles, porque, á más de los consejos de la dignidad, tienen, para evitar tan grave error, las recientes experiencias de la inferioridad del ejército inglés en Crimea y la superioridad del alemán en todas partes; aquél formado de aventureros que se pagan con largueza (2), y éste compuesto de honrados hijos de familia, de menestrales, de artistas, de profesores, de propietarios que sirven á su patria en virtud de un deber que terminante é inex-

cusablemente les imponen la ley y la costumbre.

Examinemos las vuestras para ver hasta qué punto podemos disfrutar de la misma ventaja, y hallaremos que, no sólo en la ley escrita, sino tambien en el sentimiento íntimo de nuestro pueblo, está profundamente grabada la idea del *deber* patriótico de servir al Estado, al que corresponde el *derecho* de éste para exigirlo. Espero que no se califique de impertinente ó ridícula la cita de un cantar de esos en que el pueblo exhala cándidamente su sentir, copla que oí hace algunos años en boca de un rústico, y que puede servir á un hombre pensador de documento para el estudio de nuestras costumbres, estudio harto descuidado por los que buscan en libros sabios y extranjeros las reformas de nuestras leyes. Así decía el cantar:

Adios padre y adios madre,
Adios hacienda y dinero,
Que voy á pagar al Rey
Ocho años que le debo.

¡Expresiva é ingénuu verdad que brota de un noble fondo de convicción moral y de honrado y sencillo patriotismo! ¡Cuánto va, de esta confesion generosa del *deber*, á los estrechos y apocados aforismos que, borrando la idea de ese deber, truecan el servicio público en trabajo avariento, que sólo se presta en busca de la paga!

JOSÉ RUIZ LEON.

(Concluirá.)

ETIQUETAS DE LA CASA DE AUSTRIA.

VII. *

CEREMONIAL PARA RECIBIR LA ROSA QUE ENVIABAN LOS PONTÍFICES Á LAS PERSONAS REALES.

El domingo cuarto de Cuaresma iba el Papa á la iglesia de San Pedro, asistido de los cardenales, vestidos de color rosado, y de los dos asistentes mayores, el uno tenia la rosa en la mano, y el otro un libro, donde Su Santidad leía cuatro oraciones, bendiciendo despues la rosa, que era de plata labrada, con esmaltes rosáceos y de otros colores; echábala agua bendita y pedía á Dios que donde quiera llegare y estuviere aquella rosa, hubiera paz, tranquilidad, y pureza de almas. Acabadas las oraciones, la tomaba el Pontífice en su mano y la llevaba procesionalmente al altar mayor, y dicha la misa, la mandaba guardar en su recámara, regalándola, con ocasion de bodas ó en señal de amistad, á alguna Reina ó Infanta católica, por medio de su Nuncio, ó de un legado particular, juntamente con un breve.

* Véanse los números 75, 78, 80, 82 y 84, págs. 161, 281, 361, 441 y 550.

(1) En corroboracion de esta verdad, voy á referiros un hecho elocuentísimo, cuya relacion debo á un jefe de nuestra Armada, que mandaba á la sazón una escua drilla fondeada en la bahía de Sacrificios. Hallábase allí tambien de estacion otra inglesa y otra norte-americana. Un dia, estando reunidos los tres comandantes, preguntó el inglés al español, con una curiosidad no exenta de admiracion, con qué objeto había enviado á tierra á sus marineros vestidos de gala.

—Han ido porque es domingo, y con arreglo á nuestra ordenanza es costumbre permitir á todos los francos de servicio que en los dias festivos vayan á esparcirse durante las horas de la tarde.

—¿Y van sin orden de formacion, sin oficiales ni jefes que los vigilen?

—Van absolutamente solos y dueños de pasar el tiempo á su albedrío.

—¿Y vuelven á bordo?

—Puede usted, si gusta, verlos volver á todos al anochecer, á cuyo efecto estarán los botes esperándolos en el muelle. Raro sería que faltase alguno.

—Pues si nosotros hiciésemos otro tanto, dijeron ambos, lo extraño sería que le diese á alguno la gana de volver, hallándose en país extranjero, donde es dudosa la eficacia de la policia para ayudarnos á recogerlos.

Entonces el jefe español les dió á conocer la organizacion de nuestras matriculas, origen de la calidad de nuestros marineros, conviniendo todos en la excelencia de un sistema que tan gran semejanza produce entre estos y los suyos

(2) Segun los datos estadísticos del año 1874, el número de los desertores del ejército inglés durante dicho año subió al enorme guarismo de 17.000. Tambien aparece de los mismos informes estadísticos, que de los 150 hombres que se reclutaban diariamente, desertaba una tercera parte. Esta circunstancia, unida á la de que, no obstante ser el ejército de aquel país un octavo del alemán, cuesta á Inglaterra lo mismo que el suyo á Alemania, ha fijado la atencion de los hombres públicos ingleses y se piensa en reformar el actual sistema.

El año 1609 mandó el Papa Gregorio XIV la rosa á la Infanta doña Catalina, á la vez que el estoque y capelo á Felipe III, guardándose para la entrega de aquella el siguiente ceremonial: A la hora de comenzar las vísperas en San Lorenzo el Real, salió el Nuncio de la hospedería, donde estaba aposentado, á la plaza del Pórtico, y entró en él acompañado de los grandes y mayordomos de S. A., gentiles-hombres de S. M. y del Príncipe, y de muchos otros caballeros. En medio iban el conde de Orgaz y el marqués de Villanueva, mayordomos de S. A.: un capellan, maestro de ceremonias de Su Santidad, iba delante con la rosa. Llegados á las gradas del altar mayor, hicieron oracion, y el capellan puso en medio de él la rosa, siguiendo en todo lo demas el mismo ceremonial anteriormente descrito para la entrega del estoque y capelo. La Infanta salió luégo ricamente vestida de gala, acompañada del Príncipe y precedida de los mayordomos, llevándola la falda la condesa de Paredes, camarera mayor, á la que seguían las dueñas de honor y damas. Arrodillóse la Infanta en una almohada que le puso el marqués de Velada delante de la silla del Nuncio, y el Príncipe se quedó en pie y descubierta. Concluidas las oraciones acostumbradas, el Nuncio entregó la rosa á la Infanta, y ésta, á su vez, á Don García de Loaysa, limosnero mayor de S. M. (1).

XVIII.

ENTREGA DEL BONETE CARDENALICIO Á LOS INFANTES.

El 4 de Marzo de 1577 nombró Gregorio XIII, en público consistorio, cardenal de la iglesia de Roma al Príncipe Alberto, archiduque de Austria, hijo del Emperador Maximiliano II. El conde Aníbal Repoli, camarero secreto de Su Santidad, acompañado de un lucido séquito, trajo á España el capelo. Entró en la cámara de S. A. y le entregó el Breve de Su Santidad participándole este favor y el birrete cardenalicio, estando presente el embajador del Emperador. Al poco rato salió S. A. de su aposento, vestido de sotana, manteos morados y encarnados; el birrete lo llevaba delante en una salva de plata un camarero del Papa, dirigiéndose todos á la capilla de Palacio. SS. MM. estaban en la tribuna baja, y frente á ella habia un sitial de terciopelo encarnado cubierto, donde se sentaron el Nuncio, camarero de Su Santidad y el embajador del Emperador. Dijo misa rezada el Nuncio ordinario y dió á S. A. comunión. Acabada ésta, puesto S. A. de rodillas delante del Nuncio extraordinario, y vestido con una sobrepelliz que le pusieron sobre la sotana, recibió la primera tonsura. Quitáronle despues la sobrepelliz,

(1) Igual etiqueta se observó en la entrega de la rosa que mandó Clemente VIII á la Infanta doña Isabel en 1598, y en la de Inocencio XI á doña Mariana de Austria en 1649.

y el Nuncio le puso el roquete y el bonete colorado en la cabeza, y el mantelete y muceta morados, por llevar luto á causa de la muerte del Emperador su padre. Fué luégo á besar la mano á SS. MM. y AA., y hecho esto, subieron SS. MM. al aposento de la Reina, quedándose SS. AA. en la del Rey. Entre tanto abrieron á S. A. la corona y se vistió de encarnado por primer dia, aliviándose tambien el luto los caballeros y criados de la casa de S. M.

A los pocos dias fueron SS. MM. y AA. á pasar las Pascuas del Espíritu Santo al Monasterio del Escorial. El primer dia de estas Pascuas, á las ocho de la mañana, fueron los caballeros principales de la casa de S. M. y A. á buscar y acompañar al Monasterio al conde Aníbal Repoli, que traía á caballo el capelo de cardenal. Subió donde estaba S. A. vestido de colorado, acompañado del Nuncio ordinario y del embajador del Emperador, y S. M. entró entónces por otra puerta, llevando el collar del Toison, acompañado del Príncipe Benislao, hermano del archiduque, y seguido del duque de Alba, tambien con el Toison. Bajaron todos á la iglesia, llevando en medio á S. M. y al Príncipe Benislao, el cardenal archiduque Alberto al lado del Nuncio que trajo el capelo, y con un baston cubierto de raso encarnado; delante de él iba un macero con las armas de S. A., y detras de S. M. el Nuncio ordinario y el embajador del Emperador. Aguardaban al pié de la escalera los frailes del Monasterio, con cruz y capas, y de esta manera llegaron á la iglesia. La Reina, Príncipe é Infantes veían la procesion desde un balcon alto. S. M. dejó al archiduque en el sitial colocado al lado del Evangelio y se fué á la tribuna, desde donde solía oír los oficios. El Nuncio ordinario entonó el *Veni Creator Spiritus*; con acompañamiento de los frailes, y dijo en seguida la misa. El secretario del Nuncio leyó despues de terminada ésta un Breve, en que Su Santidad le mandaba poner el capelo á S. A., y, tomándole primero el juramento acostumbrado, le puso el capelo con las borlas sobre un bonetito de tafetan encarnado. El coro cantó entre tanto el *Te-Deum*, finalizando así la ceremonia.

Tambien, hallándose vacante el arzobispado de Toledo, por muerte del cardenal D. Bernardino de Roxas y Sandoval, presentó Felipe III á Su Santidad para esta dignidad al Infante D. Fernando, recibiendo á este efecto el capelo por mandado del Papa Paulo V.

XIX.

CONSULTA DEL CONSEJO LOS VIERNES.

En este dia de la semana, reunidos los consejeros en casa de su Presidente, venian á la consulta con S. M., que se celebraba en su antecámara. Poníanse en ella tres bancos, dos á los lados y uno en medio,

frente á la tarima. En los de los lados se sentaban los consejeros hasta que S. M. venía, quedándose los alcaldes de corte en pié, arrimados á la pared, detras del Presidente. Éste se colocaba en el banco de la derecha, é inmediato á él el consultante del Consejo y luego el consejero más antiguo. En este banco no se sentaban sino estos tres, y en los otros dos bancos los demas consejeros por órden de antigüedad. El escribano de cámara del Consejo más antiguo, y el secretario del presidente se situaban junto al bufete que estaba al lado de S. M. Si el Presidente era cardenal, se le ponía un sitial inmediato á la punta del banco, donde permanecía sentado con los demas del Consejo, hasta que se presentaba Su Majestad, pasándose luégo al sitial. Salía S. M. por la puerta más próxima á su cámara, acompañando del mayordomo mayor y gentiles-hombres, y los consejeros se ponían de rodillas hasta que S. M. se sentaba; entónces éste le mandaba levantar, y despues de sentados les mandaba cubrirse. Nuevamente volvían á arrodillarse y levantarse, cubriéndose todos ménos el consultante, que permanecía en pié y descubierta. Acabada esta etiqueta, salían todos los que habían venido acompañando á S. M., así como tambien los alcaldes, escribanos de cámara y secretarios del Presidente, cada cual por la puerta que había entrado, cerrando ambas el ujier de cámara. Entónces, quedándose solo S. M. con el Consejo, comenzaba el despacho de los negocios de Estado sometidos á consulta. Acabado aquel, el consejero que ocupaba el primer lugar del banco de la izquierda, llamaba á la puerta por donde había de salir S. M., quedando, tanto éste como los demas consejeros, de rodillas hasta que salía S. M. y le perdían de vista. Volvíanse luégo á sentar de nuevo con el mismo órden que al principio, hasta que el secretario de cámara se presentaba en la puerta á avisar al Presidente que pasase á tener audiencia de S. M. Los consejeros de cámara le acompañaban hasta la galería dorada, y los demas se marchaban por la puerta de la Saleta.

XX.

BESAMANOS DE LOS CONSEJOS.

El segundo día de cada Pascua, y con ocasion de regocijos y solemnidades públicas, besaban todos los Consejos por la tarde la mano á S. M., mediando prévio aviso del mayordomo mayor. Cuando los Consejos empezaban á llegar, salía S. M. acompañado de los mayordomos y gentiles-hombres á la pieza de la cámara, que era la designada para dar las audiencias ordinarias. El ayuda de cámara se colocaba á la puerta y avisaba á los Consejos. Entraba primero el Real de Castilla precedido del fiscal de la cárcel de corte y de el del Consejo; seguían los alcaldes, luego los oidores y el último el Presi-

dente, siendo éste el primero que se aproximaba á dar las Pascuas á S. M. y besarle la mano. Quedábase entónces en pié á la derecha de S. M. un poco desviado del bufete, aguardando que todos los del Consejo besasen la mano á S. M., arrimando los alcaldes las varas ántes de besarla.

En saliendo el Consejo Real de Castilla, entraba el de Aragon y sucesivamente el de la Inquisicion, al que recibía S. M. en pié, y aunque le acompañaba alguacil mayor, no besaba la mano del Rey; el Consejo de Italia, el de Portugal, el de Flandes, el de Indias, el de Ordenes, al que acompañaban caballeros de las tres órdenes, permitiéndose solamente á este Consejo entrar con acompañamiento; el de Hacienda y el de Cruzada. Los Presidentes iban diciendo á S. M. los nombres de los consejeros y secretarios que besaban su mano, y si alguno de ellos era Grande, mandábale S. M. cubrir en volviendo á su lugar. En esta ceremonia se guardaba tambien la etiqueta de no dar S. M. la mano á ningún sacerdote ni á otro que no fuera su vasallo. Acabando todos los Consejos de besar la mano al Rey, iban á besarla á la Reina, por el mismo órden.

XXI.

SALIDA DE SU MAJESTAD EN COCHE Á ALGUNA IGLESIA.

El día designado, iba de la caballeriza á Palacio el primer coche de S. M. con las cortinas echadas y abotonadas las puntas, marchando delante el sobrestante de coches, á caballo, y á los lados los lacayos de S. M., ménos los que asistían al caballero mayor y primer caballero. Seguían el coche de respeto y el de cámara; el coche de S. M. y el de respeto entraban en el zaguan grande, y los porteros echaban en seguida las cadenas; los demas coches quedaban en la plaza, á no ser que el caballero viese en uno de ellos, porque entónces se reputaba éste como de respeto. Los pajes, presididos por su ayo, esperaban en el zaguan del Rubí.

Al bajar S. M., el aposentador abría la puerta que daba á la escalera del Rubí, y un ayuda de furriera las dos del zaguanete; entraba entónces el coche del Rey, y salía por la puerta grande el de respeto. El primer caballero daba al caballero mayor el banquillo y tomaba la puerta del coche, y entrando Su Majestad en él, volvía á dar al caballero mayor dicho banquillo, para que lo pusiera dentro del coche, besándolo ántes. Si S. M. mandaba al caballero mayor que subiese á su coche, se colocaba del lado de los caballos, y el mayordomo mayor á su izquierda; si no, subía al coche de respeto, y los mayordomos y gentiles-hombres en el coche de la Cámara. Éste marchaba el primero; seguían el sobrestante de coches á caballo y cubierto, despejando la calle; el coche de respeto, los lacayos formados en dos hileras á lo largo, y dentro de ellas los pajes;

el coche de S. M., y detrás de él, á los lados, cuatro lacayos y los mozos de coches, ocupando el centro los caballeros, cubiertos y á caballo. Cerraban la comitiva los archeros formando en medio punto.

Llegados á la iglesia, se adelantaban éstos y el caballero mayor si iba en el coche de respeto. Esperaban á la puerta los embajadores, grandes, mayordomos, títulos y gentiles-hombres. El Nuncio ó el prelado de mayor dignidad allí presente daba el agua bendita á S. M., y si era la primera vez que entraba en aquella iglesia, salía á recibirle el preste, vestido con capa, llevando una cruz en las manos, en cuyo caso ponía el mayordomo mayor una almohada á S. M. para adorarla, pasando en seguida á la cortina. Acabada la misa ó funcion, cerraba el sumiller la cortina, y si era casa de comunidad colocábanse los individuos de ella en dos hileras delante de los guardas para que pasase el acompañamiento por medio; el superior se acercaba á hablar á S. M. Si era comunidad de la Orden de Santo Domingo ó de San Francisco, y estaba presente su general, al tiempo de ponerse en marcha el acompañamiento se quedaba con los grandes y se cubría; pero si era otra Orden cualquiera, iba delante de los mayordomos. Los grandes se quedaban cerca del coche de S. M., é inmediatos á ellos los mayordomos; los embajadores se situaban en medio, y al partir el coche, les quitaba S. M. el sombrero.

XXII.

SALIDA SOLEMNE DE SS. MM. Á DAR GRACIAS Á DIOS POR ALGUN FAUSTO SUCESO.

El órden que se observaba en esta ceremonia era el siguiente: rompían la marcha los trompetas y atabales; seguían los oficiales menores de la casa, mozos, pajes ordinarios, mozos de trailla, oficiales de manos y lacayos, todos de tres en tres; marchaban á continuacion los correos, ayudas de furrier, oficiales de la caballeriza, ballesteros mayores, reyes de armas, armero mayor, furrier, palafrenero, sobrestantes de coches y picadores, todos descubiertos; los pajes con su ayo, los caballeros, el coche de la cámara, el de respeto, el del Rey, la litera del Príncipe, si lo había; los alcaldes de cortes, los capitares ordinarios, costilleros, acroes y caballeros conocidos; gentiles-hombres de la boca y títulos, secretarios de Estado, los mayordomos de la Reina, los del Rey, los grandes; el coche en que iba la Reina; á su estribo derecho el Rey á caballo, y al izquierdo, junto á la rueda primera, el Príncipe ó Infante; al lado del estribo de cada persona real su primer caballero; detras los caballeros de la Reina, el mayordomo mayor de la Reina, el caballero mayor da la Reina, mayordomo mayor del Rey, caballero mayor del Rey, capitán de archeros; el Consejo de Estado en medio, y á sus lados los

gentiles-hombres de la cámara, un caballo de respeto, los archeros, soldados de las guardias, los caballos del caballero mayor con terlices, el coche de la camarera mayor, los de las dueñas de honor, los de las damas, yendo en cada uno dos damas y una menina, y un guarda-damas detras de cada coche; el de las guarda-mujeres, el guarnición con el terliz del caballo del Rey. Cerraba el acompañamiento la guarda de archeros desde el medio cuerpo del caballo de S. M., marchando detras de ella el caballo de respeto del caballero mayor con terliz, el coche de la camarera mayor, los de las dueñas de honor y damas con los galanes á los estribos, el guarda-damas á caballo, y á lo último el coche de la guarda-mujeres. En anocheciendo los pajes de S. M. y los galanes alumbraban con hachas los coches á cuyos lados iban.

XXIII.

RECIBIMIENTO DE PRÍNCIPE EXTRANJERO.

En ninguna ocasion se desplegó tanto aparato y pompa para recibir á un príncipe extranjero en la corte de España como en la venida á estos reinos de Carlos, príncipe de Gales, en Marzo de 1623. En lo esencial guardóse la etiqueta acostumbrada en tales casos por los Reyes anteriores; pero lo inesperado de la visita, la importancia del Príncipe que la hacia, el interes político que la motivaba, no ménos que la extraordinaria galantería de Felipe IV y la aficion de su ministro favorito á la magnificencia y ostentacion, fueron parte á que lo ejecutado en este recibimiento se mirara en la corte hispano-austriaca como el modelo más acabado de esta parte de la etiqueta.

Un testigo ocular nos referirá, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo, lo ocurrido con este motivo (1):

«Llegó el Príncipe de Gales á Madrid el viernes 17 de Marzo de 1623, acompañado del Marqués de Boquingam, almirante de Inglaterra, y D. Antonio Porter, de su cámara, y D. Francisco Cojinton, secretario de Estado, que le acompañaron, y el Conde de Carlet, que le seguía algunas jornadas atras, atento á la seguridad y disimulacion de su persona, y quedó en París para el efecto que se escribirá á su tiempo: apeóse el Príncipe en la posada de sus embajadores, y el extraordinario, el Conde de Bristol, dió luégo cuenta de su venida al Conde de Gondomar, por haber sido embajador de Inglaterra, y él al Conde de Oliváres, y el de Oliváres á S. M. Y pudiendo contener este suceso el gozo al discurso más prevenido, sin hallarse el Rey embarazado de la novedad, acordó que se formase una junta, y fue-

(1) V. nuestra «Noticia biográfica de D. Diego Hurtado de Mendoza.»

sen della el Conde de Oliváres, D. Agustín Mexía, el Marqués de Montesclaros y D. Fernando Giron, de su Consejo de Estado; y el Obispo de Segovia, presidente de Flándes, y el Conde de Gondomar, ya del Consejo de Estado, y el padre confesor, y que en ella se tratase del recibimiento que en secreto y público se debía hacer con príncipe tan grande que le venía á buscar á su casa para los fines que con tanta prudencia se miran, dándole el primer lugar á las oraciones y sacrificios, y el segundo al parecer de varones señalados en experiencia y consejo.

Resolvió S. M. de recibirle con las mayores demostraciones de amor y grandeza, como á príncipe tan amigo y aficionado desta corona; pues quien tuviere mediana noticia de las historias castellanas, sabrá la antigua confederacion de estas naciones, y entre las del Setentrion la inglesa ser la más española y la fiel correspondencia de entrambas, hasta en la misma verdad corteses y nobles, y en la última paz constantes y finas. Y porque entrando en lo particular que se manda escribir, se dirá lo sucedido hasta agora y lo que fuere sucediendo, será esta relacion sólo del recibimiento público que S. M. hizo, dejando ya para el lugar en que han de verse todos los sucesos, desde que llegó á Madrid, las circunstancias de galantería y agasajo que S. M. ha hecho al Príncipe, y las que ha mandado hacer al Conde de Oliváres con S. A. y con el Marqués de Boquingam, en que ni la bizarría ni la magnificencia de España han olvidado parte lucida ni generosa, con que han quedado satisfechos el entendimiento y el ánimo, y contenta la general aprobacion, pagando todos con alabanzas lo que han merecido los aciertos. Ellos publicarán las que yo calláre, que cumplir con una modestia es más embarazo que con una conviccion, que á la vanidad bástale un lisonjero, y la templanza ha menester á la cordura. Gran daño de la lisonja haber desacreditado á la verdad, tanto que ya la tiene miedo en su alabanza el que la merece. Y porque las relaciones deben ser ciertas primero que elegantes, lo que en ésta se deseáre de mejor hablada se le perdone por verdadera, y salga en favor de la claridad del lenguaje un término cortesano que al discreto llama entendido, y no deja de ser ingenio en lo oscuro haber hecho arte de lo que no se puede enmendar, aunque se conozca el error, que hasta el estilo ha padecido mudanzas y áun desdichas en el que nació nuestro. Escribo la entrada pública del Príncipe, que fué desta manera:

Domingo 26 de Marzo, á las nueve de la mañana, pasó el Príncipe de las casas de sus embajadores, donde estaba encubierto, á San Jerónimo, acompañándole todos los caballeros ingleses y españoles, D. Agustín Mexía y el Marqués de Montesclaros y el Conde de Gondomar y D. Fernando Giron. Este convento real, que está en lo eminente del Prado, de

donde recibe Madrid en público á los reyes, y que desde él hasta palacio se continúa una calle que llaman la Mayor, tiene un cuarto bastante al retiro de algunos dias, que estaba adornado con gran lucimiento, y en él, como su alcaide, el Conde de Gondomar hospedó á S. A. con mucha ostentacion, acudiéndole muchos caballeros dandos de su casa. Comió allí temprano el príncipe, servido con grandeza, y los que le acompañaban con autoridad y regalo.

Antes de comer le visitó el obispo de Cuenca, inquisidor general, y recibióle S. A. agradablemente, mandándole cubrir, y escusándose el obispo con que no se cubría delante de S. M., no le oyó sin que se cubriese atendiendo á su persona y á la dignidad de su oficio.

Á la una fueron los Consejos á caballo por su orden á besar la mano al Príncipe, con acompañamiento de ministros de sus tribunales, en que se incluye gran parte de la corte, en la misma forma que al Rey nuestro señor el día de su primera entrada pública en la sucesion dichosa destes reinos.

Esperaba el Príncipe arrimado á un bufete, y en llegando el Consejo, que con este nombre se dice el de Castilla, se quitó S. A. el sombrero y salió á recibir al presidente á la mitad de la pieza, donde despues de haberle hecho tres reverencias como á S. M., hincó la rodilla y le pidió la mano, y S. A. la retiró y echó los brazos con demostracion de lo que estimaba al que es cabeza de Supremo Tribunal de Justicia, tan venerado en España. Levantóle, mandándole cubrir muchas veces, y habló descubierto por llevar orden de S. M. que lo hiciese así quien no fuere grande. Y porque se habían publicado decretos en los Consejos para que en todas las materias de gracia en que intercediese el Príncipe fuese obedecido como el Rey y el almirante en su nombre, le hizo el presidente en esta conformidad un breve razonamiento del gusto que S. M. tenía de que sus ministros y vasallos le recibiesen y respetasen como á su misma persona, la grande alegría de España con su venida, la nueva luz que ya se prometía el mundo, el parecer que la encaminaba el cielo á gloriosos fines, con cuánta voluntad se ofrecian todos á su servicio, y que esperaban en Dios se lograrían nuestras esperanzas. Oyóle el Príncipe con advertencia y agrado, y siendo intérprete D. Francisco Cojinton, respondió que entre las señaladas mercedes que S. M. le había hecho hasta entónces, tenía ésta por mayor, y que así la estimaba tanto y holgaría demostrar cuán reconocido se hallaba á tan reales demostraciones, satisfaciendo á todo con mucho cumplimiento, conservando majestad propia como si estuviera en su corte, y usando de gran cortesía como quien se hallaba en la ajena, recibéndolo y estimándolo como príncipe.

Fueron llegando los consejeros, refiriéndole el Presidente el nombre de cada uno, quitando el sombrero el Príncipe, dándoles los brazos y no la mano, aunque hincada la rodilla se la pidieron; salió el Consejo con la misma autoridad con que entró, y S. A. intentó salir con él, estando descubierto hasta que se despidieron todos.

Al Consejo de Castilla siguió el de Aragon en la misma forma, dando algunos pasos el Príncipe á recibille, y el conde de Chinchon, tesorero general por faltar vicecanciller y preceder por su oficio á los regentes, le hizo una plática, que en sustancia fué referille en nombre de S. M., lo mismo por la corona de Aragon que el Presidente por la de Castilla. Respondió con la misma estimacion sin dar la mano á ninguno y quitándose el sombrero á todos.

Llegó el de Italia, y á su Presidente el Conde de Monterrey mandó cubrir como á grande, y de parte de S. M. ofreció el Conde á S. A. por Italia lo mismo que le ofrecieron ántes por Castilla y Aragon, á que respondió con igual satisfaccion y agradecimiento, y con las mismas cortesías en no dar la mano y quitar el sombrero á todos; y en esta orden le hicieron reverencia, le hablaron y fueron recibidos los Presidentes y Consejos de Indias, de Ordenes y Hacienda.

El de Estado, el de Guerra, Portugal y otros no acostumbraban á salir en actos públicos, y así no fueron.

Llegó á lo último la villa, que desde su Ayuntamiento salió á caballo, el Corregidor y treinta y dos regidores con vestidos y ropas rozagantes de tela riza de plata y oro y los aderezos de los caballos, gualdrapas, guarniciones, estribos, todo con el mismo lustre con que recibieron á S. M. en la entrada desta monarquía.

La grandeza deste acto representó la del Rey, y con ninguna pudo S. M. hacer más aplauso á la venida del Príncipe, ni otro pudiera hacella igual cuando le hubiera: porque en los demas reinos tendrán sus principes el poder en las armas para ser obedecidos y respetados de los suyos; pero el Rey nuestro señor, con sólo las letras de varones tan eminentes, con sólo la severidad y entereza de su Consejo, es rey de sus vasallos, y há menester los ejércitos y armas sólo para sus enemigos, que á Su Majestad no le descubre rey tan grande lo dilatado de su imperio cuanto la obediencia y amor de los súbditos, conservada en la rectitud y justicia de sus tribunales, por cuyo medio se comunican sus acciones al pueblo; y estos que en el venerable respeto de sus vasallos le hacen tan rey, quiso que hiciesen reverencia al Príncipe.

A las tres salió la caballeriza de S. M., caballerizos y pajes y oficiales con gran lucimiento, acompañando á pié los caballos del Rey y del Príncipe,

descubiertos con terlices, y el de S. A. á la mano derecha, y con ellos D. Jaime Manuel, marqués de Belmonte, y D. Diego Lopez de Haro, marqués del Carpio, gentil-hombre de la Cámara de S. M., haciendo oficios de primeros caballerizos; el de Belmonte, del Príncipe, y el del Carpio, del Rey, y detras los caballos del marqués de Boquingan y del conde de Olivares, como caballerizos mayores, y el del conde de la mano izquierda, llevándolos el diestro los lacayos del Rey.

Las guardas española y tedesca fueron á ponerse en orden á San Jerónimo, y la de los archeros á caballo, armada y lucida en la forma que en las entradas públicas de S. M. y con el mismo adorno.

Los grandes, los títulos y caballeros esperaron allí á S. M., que salió de Palacio ántes de las cuatro en coche cubierto y con él el duque del Infantado y el conde de Olivares. Llegó S. M. á San Jerónimo por las calles repetidas, y entró sin descubrirse, y subiendo al cuarto donde estaba el Príncipe por la escalera secreta; bajó S. A. á recibirle la mitad, queriendo hasta bajo, mas no le dió lugar el estar embarazada con los grandes que le esperaban en ella. Hicieronse muchas cortesías, y continuándolas llegaron á su aposento; y porque estaba todo en orden, salieron á ponerse á caballo por el claustro mayor del convento, viniendo el Príncipe á la mano derecha del Rey. Los caballos estaban uno en frente de otro; pusieronse en ellos á un tiempo sin volverse las espaldas; entraron en el palio juntos, y resistiendo el Príncipe el tomar la mano derecha, Su Majestad le dijo que había de ser, y así lo admitió, llevando el palio el corregidor y regidores á pié y descubiertos, y en el traje autorizado que fueron á besar la mano al Príncipe. Vinieron caminando, ajustando los caballos de manera que no se adelantase ninguno, siempre atentos á esta igualdad, y venía el acompañamiento en esta disposicion:

Delante los trompetas, chirimías y demas instrumentos, y en lo primero los alcaldes de corte, y que, por serlo tambien de la casa de S. M., les toca este puesto. Seguíanles los acroyes y costilleres; luégo los gentiles-hombres de la boca, y entre ellos caballeros conocidos, sin ser criados del Rey, donde si no es con desaire de entremetido no puede ir quien no fuere persona de conocida nobleza, y se manda retirar al que sin ella se pone en lugar que no tiene. Venian más atras los maeros con sus insignias al hombro, despues los mayordomos, á lo último los Grandes, y entre ellos y el palio los reyes de armas; y á pié junto al Rey, y sirviendo tambien al Príncipe, sus caballerizos y pajes, y al estribo de S. A. el marqués de Belmonte, y el del Carpio al de S. M.; y por ambos lados, en hileras, las guardas, y la de los archeros á caballo ciñendo el palio en media luna, y dentro del escudron los

dos caballeros mayores, conde de Olivares y almirante de Inglaterra, y los Consejeros de Estado y gentiles-hombres de la Cámara.

Deste modo pasaron la calle Mayor, donde á distancias había tablados en que los representantes con bailes y representaciones acompañaban al regocijo del pueblo, que en ventanas y calles adornadas ricamente era cuanto en nobleza y en número encierra la córte en cualquier concurso, siempre grande, y en esta ocasion mayor, ya por aplauso que hacen al Rey cuando sale, mirándole siempre con deseo y alegría, ya por ver á un príncipe forastero, grande en sí mismo y grande en la novedad, en quen todas las demostraciones del Rey y de España, no vistas otra vez, parecieron iguales y debidas á la confianza del Príncipe, y Madrid, no enseñada que le admire ninguna grandeza, tuvo ésta por la mayor, no sólo admirable por serlo, sino por la brevedad con que se dispuso en cuatro dias, que por traer luego á palacio á su alteza no quisieron dilatar su entrada, y ninguna prevencion pudieron hacer más lucida.

El Príncipe conservó su traje inglés y con cuidado particular, sin riqueza, observando la desprevencion de su venida, bizarro en el talle y en la demostracion, y de presencia y arte verdaderamente real.

El Rey, á quien tocaba festejalle, y como dueño de la ostentacion, la hizo en todo su vestido noguerado, bordado de oro, con alamares de flores de lises, y aunque tan rico, más excelente en el buen gusto, y que hiciera galan al de más espíritu y gallardía en que S. M., Dios le guarde, por hombre se halláre Rey.

Las galas de los grandes, títulos y caballeros excedieron á los más señalados dias de España en los bordados y uniformes, los vestidos y aderezos de los caballos, y á todos aventajaron en las libreas el conde de Olivares, el almirante de Castilla y el duque de Cea. Siempre que el Rey se quitaba el sombrero á alguna iglesia ó imágen, se descubría el Príncipe, y á las señoras que estaban descubiertas, que tapadas y en público era lo más grave y generoso de la córte; y el Príncipe hizo tambien cortesía al Consejo, que en viendo el palio esperó en pié y descubierto, llegando á palacio á las seis y media con la misma majestad que salieron de San Jerónimo, siendo la tarde apacible, habiendo llovido toda la mañana porfiadamente; y en ménos esperanza ya creído el deslucimiento y embarazo del agua, al ponerse á caballo S. M. y A., se serenó el cielo, mostrándose en todo de su parte el dia. No hago misterio dello; es circunstancia de la puntualidad desta relacion, y lo necesario nunca sobra.

Apeáronse á un tiempo en el zaguan principal, donde esperaban los pajes del Rey con hachas y por el patio primero, yendo el Príncipe á la mano dere-

cha, y con todo el acompañamiento subieron al cuarto de la Reina nuestra señora, que esperaba en su estrado acompañada de la duquesa de Gandía, su camarera mayor, y de la condesa de Olivares y dueñas de honor y de todas sus damas y meninas, en que se vió nueva grandeza, mayor la del Rey en su palacio que en su córte.

Ocuparon su puesto los mayordomos con bastones, y el conde de Benavente el de mayordomo mayor. Al llegar á las puertas convidaba el Rey al Príncipe á entrar primero, y excusándose siempre Su Alteza, entraba delante, y al llegar á la pieza del estrado fueron mayores los cumplimientos. Quedáronse todos los grandes, y entraron el Rey y el Príncipe solos, y la Reina, llevándole la falda su camarera mayor y acompañándola la condesa de Olivares y quedando las señoras de honor, las damas y meninas y mayordomos donde habían de asistir, salió á recibir á la puerta al Príncipe, que hizo reverencia muy baja á la reina y S. M. muy grande á S. A., y allí fueron las primeras cortesías, y acompañada del Rey y del Príncipe la Reina en medio y el Príncipe á su mano derecha, subió al estrado y se sentó en la silla que está siempre de respeto para S. M. debajo del dosel, y el Príncipe á su lado derecho, llegándole la silla el conde de Benavente y al Rey el duque del Infantado, como su mayordomo mayor, mandóle cubrir S. M., y por preeminencia de sus oficios quedaron sobre la tarima.

Entraron los grandes que subieron luego, mandándose S. M., y tambien quedaron cubiertos los caballeros y señores que tenían lugares con los demas, autorizada costumbre de palacio que sea la mayor grandeza esta decente permission; y aunque los reyes de España tienen tanto en que hacer ostentacion de la majestad, en ninguna más lucida que en su palacio, y para recibir á un Príncipe en nada se pueden mostrar mayores, parte real no competitiva ni imitada de otro rey; y aunque para el lucimiento de las damas no hay dia señalado, en éste se señalaron todas en bizarría y hermosura.

Estaba el Conde de Bristol hincado de rodillas sirviendo de intérprete á la Reina y al Príncipe; duró la plática lo bastante á las cortesías del recibimiento, que fueron muchas. Levantáronse, y bajó la Reina con el Príncipe la tarima de su estrado, despidiéndose con las mismas reverencias que se recibieron, y en tanto que se despejaba la pieza quedaron en medio de ella el Rey y el Príncipe descubiertos, y el marqués de Boquingan llegó á besar la mano á la Reina, que le recibió en pié honrándole mucho, siendo tambien intérprete el conde de Bristol.

Salieron todos, y el Príncipe, siempre á la mano derecha del Rey, haciendo cortesías á las damas, y S. M. con él los propios cumplimientos, dándole

en las puertas y en todo el mejor lugar, acompañándole por los corredores á su cuarto; y al bajar la escalera en la parte que se divide para subir al del Rey, hizo el Príncipe grande instancia para acompañarle y que se quedase en él, y S. M. prosiguió acompañándole hasta su aposento por las escaleras y el patio mayor, y á la mitad dél salieron á recibirle del cuarto del Príncipe, donde le esperaban los señores Infantes D. Carlos y D. Fernando haciendo iguales reverencias. Y habiendo pasado los cumplimientos, le fueron acompañando, y á las puertas se hicieron el Rey y el Príncipe las mismas cortesías, y el Príncipe con los Infantes, y siempre entró primero, llevando la mano derecha. Y llegando á la galería que tiene ventana á la plaza de palacio, se detuvieron conversando un poco, y el Rey se despidió para que reposase, y salió S. A. acompañando á S. M. y sus hermanos hasta la última puerta que se comunica con el patio, y en su aposento y á la salida tomó el Rey la mano derecha, usando hasta en esto de galantería, que estando ya el Príncipe en su casa propia, trataba á S. M. como á huésped.

Quedó el conde de Olivares asistiendo á S. A., y S. M. acompañado de los Infantes y de los grandes y caballeros, subió á su cuarto por el patio y corredores, y por donde sale á la capilla en público entró en su cámara y pasó al aposento de la Reina. Bajaron al del Príncipe muchos señores á ver la majestad y el lustre de su adorno, el mayor que los reyes guardan para sí ordinariamente en palacio de gran esplendor y todo agora más real. Estaban señalados para servir siempre la vianda al Príncipe los gentiles-hombres de la boca del Rey, todos los títulos y caballeros de la primera nobleza del reino, y los que sirven á S. M. en el mismo ejercicio cuando come en público. Trujéronle la vianda ellos propios desde la cocina, acompañándola un mayordomo y un ujier y las guardas, y sirviéndosela con la misma reverencia y ceremonia que á S. M., quitando el sombrero el Príncipe al que le servía la copa, cuando se la daba, y á todos al principio y al levantar la mesa. Asistieron á la cena algunos grandes, y el conde de Monterrey y el marqués de Montesclaros, y los condes de Gondomar y de la Puebla, mayordomos de S. M., con orden para hacerlo continuamente.

Retiróse el Príncipe en habiendo cenado y salieron los señores, y al almirante de Inglaterra, aposentado también en palacio, sirviéronle los gentiles-hombres y pajes del conde de Olivares con la autoridad que en España se acostumbra en las casas de los grandes señores.

Aquella noche envió á decir el conde al marqués de Flores Dávila, gentil-hombre de la cámara de Su Majestad y su primer caballero, que mandase que

por la mañana viniesen al aposento del marqués de Boquingan todos los pajes del Rey y continuasen cuatro cada día á vestirse como á caballero mayor, y que le llevasen el palio por serlo del Príncipe, y aunque el conde lo había dudado por corta cosa, le pareció cortesana y de estimación para el marqués, por ser preeminencia de aquel oficio.

Mandáronse poner luminarias por todo el lugar y tres noches siguientes, por donde la alegría y el alborozo comun trataba al Príncipe con aplauso de extranjero y con amor de natural; y S. M., cumpliendo con cuanto le ha merecido la novedad y confianza de la causa, no ha dejado en grandeza, en caricia, en agasajo nada que pueda echar ménos la atención del mundo y la esperanza de S. A., justamente fiada y correspondida de la cortesía española, que le paga cuanto le merece; y si es gloria del Rey venir por su persona misma un príncipe tan señalado á estrechar en él sus amistades y confederaciones, mayor por el modo de la acogida y hospedaje, que en suceso tan sin ejemplo ninguno podía encaminar el acierto, y el que se buscaba había de verse al discurso propio necesitado de consecuencias, y esta vez no halladas, y lo que se empieza siempre es difícil, pero al valor y al entendimiento de S. M., crédito de más años y aún de los mayores fué lo más fácil acertar con lo mejor, siendo de las felicidades de su imperio tener consejeros tan prudentes de quien valerse y á su lado al conde de Olivares, y gran dicha de esta ocasion el llegar á manos de S. M. que ha sabido lucilla tanto; y cuando S. A. no se hallará príncipe tan grande por hijo del rey de la Gran Bretaña, por el recibimiento que S. M. le ha hecho, por las demostraciones de su córte y de todos sus vasallos, conociera que ha nacido gran príncipe, sin negarlo ninguna de sus acciones, sin hallarse nuevo el estilo de nacion tan diferente, mostrando que á los reyes todo se lo enseña la obligacion, y que la tienen de saberlo todo.

RELACION DE LA PRIMERA ENTREVISTA DEL PRÍNCIPE DE GALES CON LA INFANTA DOÑA MARÍA.

Domingo 16 de Abril se resolvió que el señor Príncipe de Gales viese á la señora Infanta doña María, porque estaba con gran sentimiento S. A., y todos los ingleses que aquí hay, que son ocho ó diez señores de los más principales de Inglaterra, de que no la hubiesen dejado ver. Y habiéndose tratado el caso en el Consejo de Estado, se resolvió Su Majestad de que á las cuatro de la tarde la viese en su aposento de S. M. de la Reina.

Subió el Príncipe de Gales por una escalera secreta al aposento del Rey con el almirante de Inglaterra, que es el privado, y con los dos embajadores ordinario y extraordinario, y con los demas

señores de Inglaterra que aquí hay. El Rey le esperaba con todos los grandes y con todo el Consejo de Estado y con todos sus criados; las guardas estaban todas puestas desde el aposento de S. M. hasta el de la Reina. Salió S. M., yendo el Príncipe de Gales á la mano derecha, y había tan gran cantidad de gente, que no bastaban las guardas para que no hubiese muy grande apretura. La pieza de la Reina estaba muy bien aderezada y toda alhomburada; en la tarima había cuatro sillas iguales arrimadas al dosel. Estaban con la Reina la camarera mayor y la del Infantado, que mandó el Rey que estuviere allí, y la condesa de Olivares y la duquesa de Fernandina; y de fuera de palacio no hubo nádie; estuvieron todas las señoras de honor de la Reina y de la Infante, y las demas puestas por las dos partes de la pieza. No salió S. M. de la Reina á recibir al Príncipe á la puerta como había de hacerlo, porque pareció que no convenía que la señora Infante saliese. Así se concertó con los embajadores de Inglaterra.

En entrando el Rey y el Príncipe en la pieza de la Reina, se levantaron en pié la Reina y la señora Infanta, y á pocos pasos el Príncipe y el Rey les hicieron una reverencia, y al llegar de la tarima otra muy baja. No se apartaron de las sillas Su Majestad y S. A. El Príncipe llegó á la Reina y la habló por intérprete; la Reina y la Infanta se sentaron en las dos sillas de enmedio; la Reina á la mano derecha, junto á la Reina se sentó el Príncipe de Gales. Sobre la tarima no había más que el duque del Infantado, mayordomo mayor del Rey y el conde de Benavente, mayordomo mayor de la Reina. El duque del Infantado volvió un poco la silla al Rey para que pudiesen hablar con más comodidad, lo mismo hizo el conde de Benavente con la del Príncipe de Gales. En sentándose llamó el Príncipe al conde de Bristol, embajador extraordinario de su padre, y envió con él un recaudo á la señora Infanta, el cual se le dió hincado de rodillas y descubierto, y hablando con el Rey siempre en pié y cubierto. La señora Infanta le respondió mesuradamente, y luego cosa de dos credos despues, se levantó el Príncipe y dió un recaudo de parte del Rey su padre á la señora Infanta, coloreando har-to S. A., y luego se volvió á asentar en su lugar. Cuando el Príncipe se levantó, se levantaron la Reina y el Rey, y estuvieron en pié todo el tiempo que el Príncipe habló con la Infanta; y luego de allí á poco rato se levantaron el Rey y el Príncipe, y hicieron sus reverencias á la Reina y á la Infanta, una sobre la tarima, y otra bajada la tarima en la mitad de la pieza.

RELACION DE LA VISITA QUE HIZO EL PRÍNCIPE DE GALES Á LA REINA Y Á LA INFANTA DOÑA MARÍA, DESPUES DE AJUSTADAS LAS CAPITULACIONES MATRIMONIALES.

Jueves 20 de Julio fué el Príncipe de Gales á visitar á la Reina nuestra señora y á la Infanta, siendo la primera vez que el Príncipe la via despues de haberse acabado lo de los casamientos. Mandó Su Majestad que para las cinco estuviesen todas las guardas de Palacio, y los Grandes y Consejeros de Estado. Subió el Príncipe por una escalera secreta que va á dar al aposento en que el Rey duerme. Venian (1) con el Príncipe el duque de Boquingan, almirante de Inglaterra, los dos embajadores ordinarios y extraordinario, el capitán de la guarda, caballerizo mayor y otros, y siete ú ocho señores y caballeros y gentiles hombres de la Cámara, y otras personas no tan conocidas como éstas, que serian en todos como unas treinta personas. Salieron el Príncipe y S. M. á las seis, y había tanta gente y tantas reboçadas en el corredor, que no podía la guarda hacer lugar. En el antecámara de la Reina, mandó el Rey que no entrase nádie delante dél si no fuesen los mayordomos que llevaban los bastones y el duque del Infantado (2). Aguardaron la Reina y la Infanta al Rey y al Príncipe en la galería grande nueva. En entrando el Rey y el Príncipe se levantaron S. M. y S. A., y no se apartaron de sus sillas, porque aunque había la Reina de llegar hasta la puerta, por estar la señora Infanta con ella, que hasta que no se despose no ha de salir á recibir al Príncipe, se estuvieron quedas.

Estaba la señora Infanta vestida de una telilla de Milan, de plata y encarnado y algunas cosillas negras, y muy gentil dama, porque aquel dia se había puesto chapines. El Príncipe iba vestido de naranja bordado de plata.

Estaban las damas puestas por toda la galería de arriba á bajo, y fué la gente tanta, que hasta casi la tarima llegó; de manera que no se vían las damas, y aunque se hicieron muchas diligencias para despejar, no fué posible. Aquella noche hubo comedia y salió la señora Infante en público á oirla. Sentáronse en medic del dosel, en sillas, la Reina y la señora Infante, la Reina á la mano derecha, y junto á ella el Príncipe de Gales; y el Rey nuestro señor se sentó junto á la señora Infante; junto al Príncipe de Gales se sentó el Infante D. Carlos, y junto al Rey nuestro señor, el Infante Cardenal.

SÁBADO 22.

Fueron el duque de Boquingan y los embajadores, y todos los señores y personas de cuenta á

(1) Sobre esta palabra se lee á modo de enmienda, de letra de Don Diego Hurtado de Mendoza, *subieron*.

(2) Al márgen, tachado y de letra del mismo Hurtado de Mendoza, dice: «Porque era tanta la apretura, que hasta casi la tarima llegó la gente.»

besar la mano á la señora Infante, en su aposento, y la de Olivares, que siempre se halla á todos estos actos, el conde de Benavente y el conde de Olivares, el marqués de Baydes y otros no sé cuántos. Llegó el primero Boquingan (y levantóse la Infante) (1), y, aunque hizo muchas instancias, no le quiso la Infante dar la mano; y él, viendo aquello, le juró por vida del Rey de Inglaterra que se la diese, y ella se la dió. El caballero que servía de lengua era católico, y viendo que no quería darle la mano, le juró por el Santísimo Sacramento se la diese, y ella se la dió. A los embajadores ni á los demas que estaban allí no se la quiso dar.

XXIV.

RECIBIMIENTO DE LEGADO PONTIFICIO.

La recepcion de legado de que se han podido reunir noticias más completas es la que tuvo lugar en 1626 con motivo de la llegada del cardenal Francisco Barbarino, sobrino de Urbano VIII. Estaba S. M. en Aragon cuando llegó este legado á las costas de España, y apenas tuvo conocimiento de su arribo, mandó al conde de Lida fuese á darle en su nombre la bienvenida. Hizolo el conde con gran ostentacion, seguido de muchos caballeros de la corte, y en Barcelona cumplió la órden de S. M. acompañándole hasta la raya de Aragon y Cataluña, donde por mandado de S. M. le esperaba el conde de Oñate, que le siguió hasta introducirle en la corte con gran aparato y grandeza. El Infante D. Fernando, cardenal arzobispo de Toledo, envió al conde de Puñonrostro, gentil-hombre de su cámara, para darle la bienvenida, como lo verificó en Guadalajara con numeroso séquito y extraordinario lujo de libreas. Cuando el prelado llegó á Badajoz, fué aposentado y regalado por el conde de este título, recibiendo allí las visitas de los arzobispos de Sevilla y de Méjico, de grandes y señores. Interin regresaba S. M. á la corte, pasó el cardenal á Aranjuez y volvió luégo á Barajas, hasta que, habiendo venido S. M. señaló el dia 24 de Mayo para recibirle. Salió por la mañana temprano de Barajas, y entró en Madrid á las nueve de la misma, acompañado del conde de Oñate; fué á apearse en el convento real de San Jerónimo, saliendo la comunidad á recibirle con cruz, palio y música; y habiendo adorado al Santísimo Sacramento, dirigióse por la escalera principal al cuarto que le estaba preparado. Dióle la llave de él D. Antonio Sarmiento y Acuña, hijo del célebre conde de Gondomar, alcaide de esta casa. Al poco rato llegó á darle la bienvenida en nombre de S. M. el duque de Sesa, acompañado de algunos grandes, señores y caballeros.

Luégo vino á visitarle el Infante Cardenal, y el

legado le dió la mano derecha; estuvieron debajo del dosel, y los tratamientos fueron de Alteza y de Ilustrísima, despidiéndose S. A. con muchas cortesias y volviéndose á Palacio. El Ayuntamiento de Madrid, siguiendo la costumbre establecida en tales casos, le presentó una mula con gualdrapa, ricamente aderezada. A las cuatro de la tarde, acompañado del conde de Oñate y demas séquito de caballeros, pasó á la puerta de Alcalá, donde habian levantado un tablado y en él un altar primorosamente adornado, y á un lado habia un sitial y silla de brocado, en que se sentó, y asistido del patriarca de Antioquia y de otro obispo, recibió la obediencia de todas las religiones, nombrando el vicario general de Madrid, que se hallaba cerca, los nombres de cada uno. Vino la última la clerecía, y en ella la capilla real con el arzobispo de Méjico, vestido de pontifical. Acabado este acto, se vistió el legado con capa de pontifical y esperó á S. M., que habia salido de Palacio á las seis de la tarde, seguido de toda la corte. Entró S. M. por el arco de enmedio de la antigua puerta de Alcalá; adelantose unos pasos fuera de él el legado, montado en su mula; quitóse el Rey el sombrero y el legado el bonete; hablaron un rato con grandes muestras de afecto, y tomando S. M. la derecha, se encaminaron á Palacio. Todas las calles por donde pasaron estaban colgadas, y el órden en que iban era el siguiente: marchaban delante dos trompetas y algunos correos, seguía la recámara del prelado, los caballos de respeto con gualdrapas de terciopelo, sus ayudas de cámara y los pajes; luégo los alcaldes de casa y corte, costilleros, acroes, gentiles-hombres y caballeros, los maceros, los mayordomos, grandes, reyes de armas, el camarero del legado con el guion, S. M. y el legado; y detras, el patriarca de Antioquia, el marqués de Liche, el marqués de San German, D. Luis de Haro, gentil-hombre de la cámara, monseñor Santa Cruz y D. Diego Mejia, gentil-hombre. De esta suerte llegaron á la parroquia de Santa María, y S. M., sin apearse del caballo, se despidió del legado y se fué á Palacio. El legado entró en la iglesia bajo el palio llevado por capellanes de S. M. Cantóse el *Te Deum*, rezáronse varias oraciones, concedió al pueblo que estaba presente doscientos años y doscientas cuarentenas de indulgencias, y subiéndose al coche, por ser ya de noche, acompañado del conde de Oñate llegó al cuarto real de la casa del Tesoro, que estaba magníficamente adornado. Sus ministros y criados fueron aposentados en diferentes casas, segun sus categorías, quedándose á las órdenes y servicio del legado el conde de Arcos, mayordomo más antiguo de Su Majestad.

Aquella noche envió á visitarle la Reina al marqués de la Mota, su mayordomo, y la Infanta Doña

(1) Las palabras encerradas dentro del paréntesis están tachadas.

Margarita al marqués de Auñón, mayordomo de Su Majestad, que la asistía.

El martes 26 le recibió en audiencia S. M., dirigiéndose á este efecto el legado por el pasadizo, acompañado de D. Duarte de Portugal; entró por el salón de la guardia, y S. M. salió á recibirle dos pasos fuera de la camarilla, hablando con él en la cámara, poniéndole silla de brazos en la forma acostumbrada un ayuda de la furriera. Pasó luego á visitar á la Reina, y volvió á su cuarto, acompañado del referido D. Duarte.

En otras audiencias que con él celebró S. M., fué el legado acompañado del conde de Arcos, asistiendo también á muchas funciones y comedias que se hicieron en Palacio en su obsequio, las cuales veía detras de una celosía. Visitó muchas iglesias y conventos, concediendo en ellas indulgencias; llevó la custodia en la procesion del Corpus, á que asistió S. M., y pagó las visitas á los cardenales, embajadores y grandes que eran casados. Estuvo en San Lorenzo el Real y comió un día con los frailes en el refectorio. El domingo 9 de Agosto se despidió de S. M. en presencia de los Infantes, acompañándole hasta la puerta de la camarilla. De allí fué á la cámara de la Reina, que tenía á su derecha á la Reina de Hungría y á la izquierda á la Infanta, acompañadas de las damas. Levantóse la Reina, hizole una reverencia y salió hasta la tarima, habló con el legado, y haciendo éste el acatamiento debido á la Reina y la cortesía á las damas, despidióse de S. M., acompañándole los mayordomos de la Reina hasta su cuarto. Aquella noche se despidió del conde de Olivares en la huerta de la Priora, y el lunes 10 de Agosto se despidió de los criados de S. M.; el conde de Arcos y muchos caballeros principales le acompañaron hasta la puerta de Alcalá, desde donde emprendió su viaje.

XXV.

LA FORMA CON QUE SU MAJESTAD RECIBE Á LOS CARDENALES
LA PRIMERA VEZ.

El cardenal enviaba á saber el día y hora en que podría tener audiencia con S. M. El día designado venía á Palacio acompañado de algunos caballeros de su séquito y familia; apeábase en el zaguan grande, subía por la escalera principal y pasaba por el cuerpo de guardia, donde estaban los soldados en pié, pero sin tomar las armas. Los porteros abrían las puertas de la sala y saleta, y los ujieres la de la antecámara, quedándose abiertas hasta que salía. S. M., avisado por el mayordomo mayor, venía acompañado de los mayordomos y gentiles-hombres hasta la mitad del cubillo, que eran dos piezas, á recibir al cardenal; pedíale éste la mano, y quitábale S. M. el sombrero, y al volvérselo á poner le invitaba á cubrirse; entónces volvía con él á

la pieza donde comía, permitiéndose al acompañamiento que estaba en la antecamarilla que pasase hasta esta puerta. Tomaba S. M. silla, y el aposentador de Palacio ó un ayuda de furriera entraba una silla rasa al cardenal. Acabada la audiencia, S. M. se ponía en pié arrimado al bufete; el que puso la silla al cardenal la retiraba, y él se despedía quitándose el bonete y haciendo una humillacion con la cabeza; S. M. le acompañaba hasta la puerta de aquella pieza, le quitaba el sombrero y volvía á su cámara.

XXVI.

RECEPCION DE EMBAJADOR ORDINARIO QUE SE CUBRE.

La primera vez que algun embajador de los que se cubrian tenía audiencia con S. M., el mayordomo mayor daba las órdenes convenientes para que á la hora convenida estuviesen en la antecámara los gentiles-hombres, acroes y costilleros. En el zaguan montaba á caballo el mayordomo, llevando á su izquierda al gentil-hombre más antiguo, dirigiéndose á la casa del embajador, quien bajaba á recibirlos y montaba también á caballo. marchando á la derecha del mayordomo; á no ser que fuesen dos embajadores, el que se despedía y el que se presentaba, que en este caso, aquel ocupaba el centro y el segundo la derecha, llevando la izquierda el mayordomo, cambiando los embajadores los lugares á la vuelta. Llegados á Palacio subía con ellos el acompañamiento hasta la cámara donde estaba Su Majestad. Cumplida su embajada, volvía en coche el embajador á su morada, acompañado del mayordomo y gentil-hombre, despidiéndose los demas en el zaguan de Palacio.

A. RODRIGUEZ VILLA.

(Concluir.)

LOS CADETES DE MI TIEMPO. (1)

Eliminemos, lector, con el pensamiento, más de veinte años de la historia del pasado, cosa ménos difícil, por cierto, que borrar sus huellas de nuestros cabellos y de nuestras mejillas; y en dos asientos de berlina de la diligencia cuyos corceles arrastradores rige la mano y aviva la tralla del mayoral que tiene por alias *El Chato*, entremos en la ciudad de Segovia un día cualquiera de los comprendidos entre el 5 de Julio de 1851 y el 31 de Diciembre de 1854, tiempo durante el cual fui yo cadete.

Como quiera que holgarían en este libro los más interesantes relatos tradicionales, y soy yo además poco dado á estudios arqueológicos, sin detenernos en la plaza del *Azoguejo* á contemplar el llamado

(1) Fragmento del libro inédito «Una casa vacía.»